

Miedo, inseguridad y violencia. Sensibilidades sobre los jóvenes en América Latina

Pablo di Napoli*

Resumen

Las emociones constituyen una dimensión de análisis que, si bien no siempre fue estudiada desde las ciencias sociales, resulta fértil para comprender determinados procesos sociales. El sujeto no sólo piensa, sino que también siente, por lo que su acción no es sólo racional, sino también emotiva. Las emociones se experimentan de forma personal, pero también están estructuradas social y culturalmente. El miedo al delito y el sentimiento de inseguridad hoy atraviesan las tramas del sentir de las sociedades latinoamericanas. Esos sentimientos no son únicamente producto de experiencias y sensaciones personales, sino el resultado de la construcción simbólica de un discurso ideológico sobre el delito y la violencia.

El objeto de ese miedo muchas veces se encarna en el rostro de los jóvenes. Los discursos hegemónicos sobre la inseguridad edifican una imagen de los jóvenes como delincuentes y violentos que muchas veces se incorpora en la opinión pública provocando determinados sentimientos hacia la juventud. De esta manera, los jóvenes, principalmente los que provienen de los sectores subalternos, son estigmatizados y criminalizados como sujetos peligrosos, patológicos y de poco fiar. Consideramos que es necesario poder contrarrestar esta imagen de los jóvenes, dando cuenta de las estructuras emotivas que pesan sobre ellos.

Palabras clave: jóvenes, sociología de las emociones, miedo, violencia.

Abstract

Emotions as a dimension of analysis is a productive way to understand certain social processes, although not always has been approached from the social sciences. As we know, people think but also feel, that's why actions are not only rational but also emotional. Emotions are experienced personally but are also structured by society and culture. Today, the fear of crime and feelings of insecurity is crossing through Latin American societies. These feelings are not just caused by personal experiences and feelings but also the outcome of the symbolic construction of an ideological discourse about crime and violence.

* Mención Honorífica en el Concurso de Ensayo Latinoamericano organizado por Relacso. Candidato a doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. C.e.: <pablodinapoli@gmail.com>.

The object of that fear is often embodied in the face of the young. Hegemonic discourses on insecurity build an image of young people as criminals and violent that it is often incorporated into the public evoking certain feelings towards them. In this way, young people, especially those from subordinate sectors, are stigmatized and criminalized as dangerous, pathological and untrustworthy. We believe that it is necessary to be able to counter this image on the young people giving account of the emotional structures hanging over them.

Keywords: young, sociology of emotions, fear, violence.

La emoción es una determinada manera de
aprehender el mundo.

JEAN PAUL SARTRE

Hacia una introducción de la sociología de las emociones

Las emociones han estado presente a lo largo de la historia de las ciencias sociales. Sin embargo, conviene aclarar que su tratamiento ha ocupado un lugar marginal dentro de la teoría social (Bericat Alastuey, 2000). Incluso autores clásicos de la sociología que, en mayor o menor medida, hicieron de las emociones una dimensión de análisis, como Marx, Pareto, Durkheim, Simmel, Sombart, Weber y Elias, sus análisis no fueron retomados de forma significativa posteriormente.

Bericat Alastuey (2000) establece el surgimiento de la sociología de las emociones como subdisciplina a mediados de la década de 1970 dentro de la academia estadounidense, donde aparecieron algunas obras pioneras.¹ Podríamos decir que esta fecha se corresponde con la caída del dogma parsoniano y el final de la gran teoría. La implosión de diversas perspectivas teóricas y epistemológicas dentro de la sociología generó las condiciones de posibilidad para que las emociones se constituyeran en un objeto de estudio propio.

¹ El autor menciona tres líneas de investigación en ese campo en base a los trabajos de tres autores: la sociología “de” la emoción representada por Kemper; la sociología “con” emociones encarnada por Hochschild, y la emoción “en” sociología expresada por Scheff.

En la sociología de las emociones, la pregunta que mayor polémica causa gira en torno a cuánto influye el contexto sociocultural en la formación de las emociones. Entre los enfoques positivistas y constructivistas, Luna Zamora (2010: 19), siguiendo a Hochschild, menciona tres modelos predominantes. El enfoque *orgánico o naturalista* “considera la influencia sociocultural en las emociones como periféricas, esto es, la cultura sólo interviene en [las formas de] expresión, pero no en su génesis”. Le Breton (2013) sostiene que este enfoque despoja al hombre de su humanidad en tanto ser social y lo reduce a su especie animal. Así, las emociones son estudiadas como sustancias universales e innatas que no dependen de las diferencias culturales, pudiendo ser analizadas mediante un lenguaje anatómico y fisiológico. El modelo intermedio es el *interactivo o construccionismo no radical*. Aquí se “reconoce que la emoción tiene dos dimensiones, una neurofisiológica y otra sociocultural, y que la sociología, precisamente, debe ocuparse del aspecto o lado sociológico de la emoción” (Luna Zamora, 2010: 20). Desde este enfoque, las experiencias emocionales están co-determinadas por elementos personales y de naturaleza corporal, pero también por normas, creencias sociales y prácticas culturales. Por último, el tercer modelo, *el construccionismo radical*, le otorga el mayor peso a las condiciones socioculturales. Este enfoque va más allá de la dimensión personal, es decir, más allá de lo que sentimos a partir de las historias de vida particulares; y encuentra en las experiencias emocionales un patrón sociocomunicacional, esto es, una especie de *script* cultural y socialmente aprendido.

Como se observa, el debate al interior de los estudios sobre las emociones versa sobre un conjunto de dicotomías cuya matriz reside en el par cultura-naturaleza (Leavitt, 1996). Justamente, consideramos que una de las particularidades de las experiencias emocionales radica en su imposibilidad de ser clasificada en alguno de estos polos, ya que se nutre dialécticamente de ambos. Coincidimos con Le Breton (2013) en que las emociones no constituyen una sustancia en estado fijo e inmutable que es posible hallar de la misma forma y bajo las mismas circunstancias en todos los individuos; sino que más bien son producto de relaciones enmarcadas dentro de un simbolismo social.

“Cargada de un tono afectivo, la emoción no tiene realidad en sí misma, no tiene su raíz en la fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, no es la naturaleza del hombre lo que habla en ella, sino sus condiciones sociales de existencia que se traducen en los cambios fisiológicos y psicológicos. Refleja lo que el individuo hace de la cultura afectiva que impregna su relación con el mundo [...]. El individuo añade su nota en un patrón colectivo susceptible de ser reconocido por sus pares, de acuerdo con su historia personal, psicología, estatus social, sexo, edad, etc. (Le Breton, 2013: 68).”

Las emociones son parte constitutiva y resultado de la intersubjetividad en tanto los significados y sentidos compartidos expresan también emociones compartidas sobre lo que sentimos y pensamos. A su vez, las estructuras sociales, asociadas a las formas de interacción, fomentan o constriñen la aparición o no de determinadas emociones. Siguiendo a Luna Zamora (2010) sostenemos que el estudio sociológico de las emociones debe dar cuenta de “cómo las emociones son parte de la pautas de la reproducción y el cambio del orden social y de sus estructuras jerárquicas, toda vez que las emociones se originan a partir de, y son parte constitutiva de la interacción con el entorno social [...]. La sociología de las emociones encuentra en la esfera de “lo emocional” un objeto y una dimensión de análisis sociológico, sin lo cual no podemos entender la dinámica de los grupos sociales” (Luna Zamora, 2010: 29).

En cuanto el individuo es un sujeto pensante, pero también sentiente, su acción no sólo es racional, sino también emotiva. Por ello no debe descuidarse la dimensión emocional para comprender sus interacciones.

La economía política de la moral del capitalismo neocolonial

El capitalismo, por lo general, es interpretado como un sistema-mundo de dominación que se rige bajo la lógica de la acción racional, ya sea mediante el cálculo económico o por la acción con arreglo a fines. Sin

embargo, el cuerpo, como *locus* de las relaciones de dominación, y la política de las emociones constituyen ejes vertebradores de dicho sistema.

Desde América Latina, Scribano (2009a) describe al capitalismo en su fase actual de expansión imperial y neocolonial *a*) como un aparato depredatorio de energías, tanto ambientales (de la naturaleza) como corporales (humanas); *b*) a través de la producción y manejo de dispositivos de regulación de las sensaciones y de mecanismos de soportabilidad social y *c*) como una máquina militar represiva.

La desigual distribución de la riqueza que habita en la génesis del capitalismo se traduce aquí mediante la apropiación desigual de las energías corporales. A la obtención de la plusvalía económica, le antecede diversas “formas de extracción de la plusvalía energética de cuerpos dispuestos en geometrías y gramáticas de las acciones para-los-otros en situaciones de dominación” (Scribano, 2007a: 24). Como sostiene Scribano: “La dialéctica entre expropiación corporal y depredación se configura a través (y por) la coagulación y licuación de la acción” (2009a: 92).

Dicha coagulación y licuación de la acción es posible, en parte, por el desarrollo de una *economía política de la moral* que busca conducir los modos del sentir hacia la evitación del conflicto que produce el capital. *Los mecanismos de soportabilidad social* se estructuran alrededor de un conjunto de prácticas hechas cuerpo, que se orientan a la evitación sistemática del conflicto social. Asimismo, *los dispositivos de regulación de las sensaciones* consisten en procesos de selección, clasificación y elaboración de las percepciones socialmente determinadas y distribuidas. La regulación implica la tensión entre sentidos, percepción y sentimientos que organizan las particulares maneras de “apreciarse-en-el-mundo” que los grupos y los sujetos poseen. Dichos mecanismos y dispositivos operan en la conciencia espontánea irreflexiva propia del sentido común. (Scribano, 2010c). Se diría que son parte de la violencia simbólica y epistémica que ejerce el capital sobre los cuerpos que aceptan *dóxicamente* su sumisión.

El tercer soporte de este capitalismo neocolonial es su aparato represivo. Podríamos decir que este aparato, siempre presente, intensifica su trabajo cuando la acción se descoagula o no logra licuarse del todo mediante los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones, quedando un plus energético que se resiste a la expropiación del capital. La disminución de los umbrales de tolerancia frente al “otro” y la criminalización de la pobreza como parte de la ideología de la “inseguridad” hacen que la espiral de la violencia aumente.

Sin embargo, este sistema de depredación y dominación no representa un esquema cerrado y total, sino que más bien es un espacio que no se cierra, que se desgarrar, y donde las energías corporales y sociales se refugian, resisten y se rebelan (Scribano, 2009b). En este mismo sistema de depredación y dominación emergen prácticas intersticiales que “se apropian de los espacios abiertos e indeterminados de la estructura capitalista, generando un eje “conductual” que se ubica transversalmente respecto a los vectores centrales de configuración de las políticas de los cuerpos y las emociones” (Scribano, 2009c: 177).

La sensación de inseguridad, delito y violencia

La violencia constituye un fenómeno social que pone en juego a los cuerpos y moviliza diversos tipos de emociones. A lo largo de la historia de la humanidad, la palabra violencia ha sido protagonista en diferentes ocasiones, expresando diversas acciones, en distintos espacios, con diferentes actores y adquiriendo múltiples significaciones en distintos tiempos históricos. Hoy, la sensibilidad por la violencia adquiere características de época, en un contexto de desigualdad y exclusión social (Kaplan, 2011a). Hernández sostiene que “La violencia es y se realiza tanto como un proceso social subjetivo (representaciones, significaciones sociales) y objetivo (comportamientos, acciones), manifiesto (“hechos”) y latente (cultura y estructura), donde la valoración emocional de sus efectos (visibles/invisibles) pasa a formar parte del mismo proceso” (2001: 62).

En América Latina, la preocupación respecto de los hechos asociados a la violencia, como el delito, el crimen y el uso de armas, ha aumentado. Si bien el grado de preocupación es complejo de medir —y sobre todo de comparar—, sucesivos informes de Latinobarómetro² dejan entrever la disparidad que existe entre los casos de victimización declarados y las percepciones que los individuos tienen sobre el acontecimiento de esos fenómenos. Si bien esta brecha se redujo en los últimos años de medición, la percepción de la delincuencia aún sigue siendo mayor que la tasa de victimización.³

El informe de Latinobarómetro del año 2011 muestra cómo la delincuencia y la seguridad pública a partir de 2010 pasó a ser el problema más importante de la región, superando en el histórico primer puesto que durante muchos años ocupó el desempleo. Si bien es cierto que a lo largo de la primera década del siglo XXI los indicadores socioeconómicos han mejorado luego de un periodo de extensas crisis sociales y reformas neoliberales, lo que haría disminuir la preocupación por la desocupación, la tasa de victimización respecto del delito se ha mantenido uniformemente oscilante entre un 30 y 40 por ciento desde 1995 hasta 2011. Sin embargo, la preocupación por la delincuencia ha ido aumentando sostenidamente en el mismo periodo desde un 5 hasta un 28 por ciento. Esto haría pensar que a lo largo de estos más de tres lustros ha habido una mutación de la sensibilidad social respecto del delito.

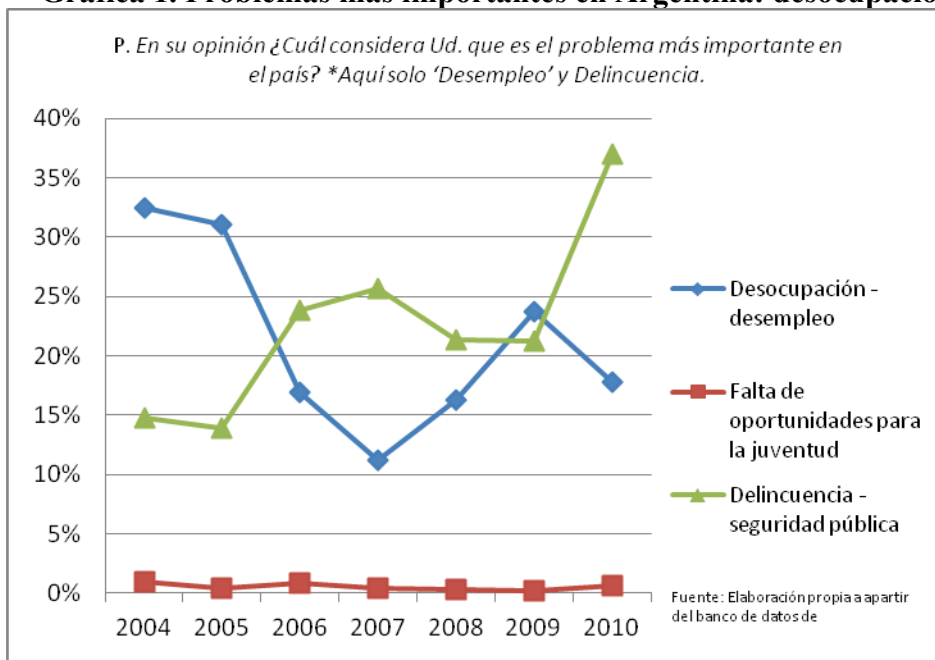
Resulta interesante observar el caso argentino. A partir de 2006, la delincuencia y la seguridad pública pasaron a considerarse el problema más importante del país, según los ciudadanos encuestados. La única

² Corporación Latinobarómetro es una ONG sin fines de lucro con sede en Santiago de Chile que realiza un estudio de opinión pública que aplica anualmente alrededor de 20.000 entrevistas en 18 países de América Latina representando a más de 600 millones de habitantes.

³ Kessler (2009: 70-71) encuentra una posible explicación de esta brecha a través de la “victimización indirecta”: “cuando en una sociedad determinada hay más personas victimizadas, circula más información sobre estos hechos, una mayor cantidad de conocidos o de relaciones indirectas se enteran y lo difunden en sus conversaciones cotidianas, y así se intensifica la preocupación por el tema, más allá de haber sufrido un delito o no”.

excepción fue el año 2009, que podría ser explicado por el desaceleramiento del crecimiento de la economía en un contexto de crisis internacional (gráfica 1). Por otro lado, la falta de oportunidades para los jóvenes no representa un problema importante para la sociedad argentina, ya que en ninguno de los años en que se midió superó el 1 por ciento.

Gráfica 1. Problemas más importantes en Argentina: desocupación y delincuencia (2004-2010)

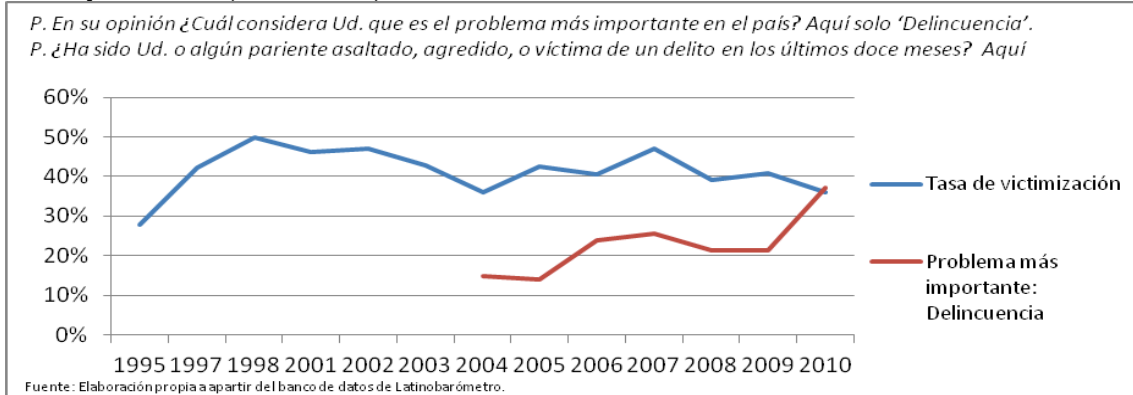


En Argentina se percibe una preocupación por la delincuencia muy por encima de la media latinoamericana. En 2010, mientras que en la región el 27 por ciento de los encuestados considera a la delincuencia como el principal problema de su país en Argentina ese porcentaje se eleva al 37 por ciento. Este valor se acerca o incluso es superior a otros países (como Colombia, Venezuela y El Salvador), con

mayores tasas de inseguridad si tomamos como parámetro, por ejemplo, las muertes por arma de fuego (que engloba casos de delincuencia entre otros) (Waiselfisz, 2008).⁴

Si nos referimos a los casos de victimización declarados, no vemos una tendencia que se corresponda con la preocupación por el delito. Si bien las tasas de victimización son más elevadas respecto de mediados de los años noventa, se observa una importante oscilación, siendo el 2004 el año con la tasa más baja con el 35.9 por ciento (gráfica 2). A su vez, resulta paradójico que 2010, año en que la preocupación por la delincuencia se disparó y ocupó el primer lugar con el 37 por ciento, la declaración de haber sido víctima tenga uno de los valores más bajos (36 por ciento). A diferencia de los años precedentes, éste es el único en que la tasa de victimización casi se iguala a la preocupación respecto del delito.

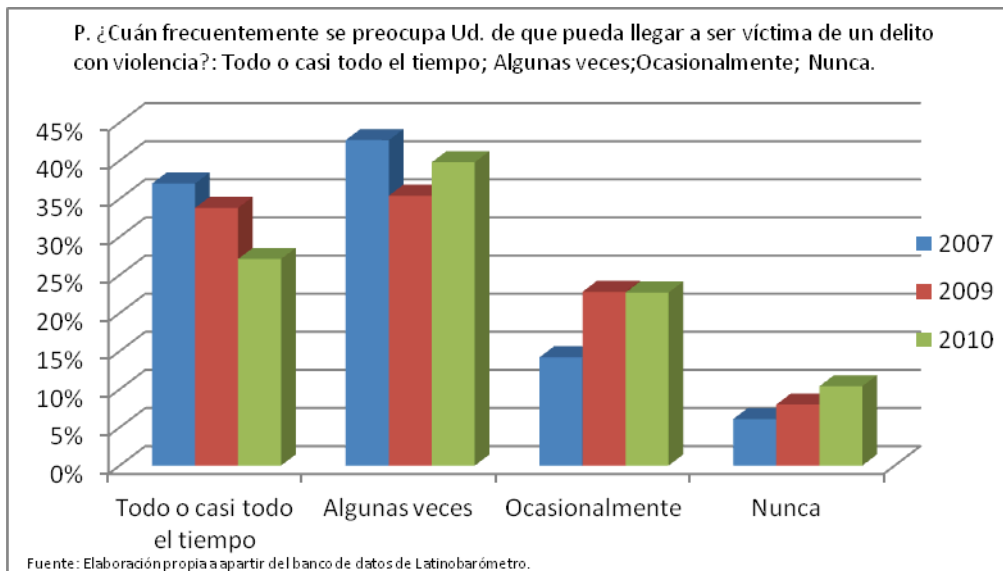
Gráfica 2. Evolución de la tasa de victimización (1995-2010) y preocupación por la delincuencia como problema (2004-2010)



⁴ Colombia, Venezuela y El Salvador ocupan, respectivamente, los tres primeros lugares de la región con tasas de mortalidad por armas de fuego que van desde 47 al 39.9 por ciento. Argentina se encuentra en el puesto número 9, con una tasa de 7.3 por ciento (Waiselfisz, 2008). Respecto de cuál es el problema principal en 2010 para los habitantes de aquellos países, medido por Latinobarómetro (2011), nos encontramos que la delincuencia en Colombia aparece por debajo del desempleo con un 13 por ciento de respuestas, mientras que en Venezuela y El Salvador sí aparece como el problema principal con valores del 65 por ciento y 45 por ciento, respectivamente. Igualmente Argentina no es el único caso que presenta esta disparidad entre los indicadores mencionados. También se puede citar los casos de Costa Rica, Panamá y Uruguay.

Incluso si medimos la frecuencia con la que las personas se preocupan por la posibilidad de ser potenciales víctimas de un delito con violencia, observamos que ese temor disminuye entre 2007 y 2010, en sintonía con las declaraciones de victimización.

Gráfica 3. Frecuencia con la que se preocupan los encuestados respecto de la posibilidad de llegar a ser víctima de un delito con violencia



Las personas que están todo o casi todo el tiempo pensando en que pueden ser víctimas se reducen en un 10 por ciento entre ambos años; y el porcentaje de quienes nunca se preocupan pasa del 6.1 al 10.4 por ciento.

La pregunta que queda abierta es la siguiente: ¿si a partir del 2007 advertimos que desciende la tasa de victimización y que a su vez baja la preocupación de las personas de ser una potencial víctima de un delito con violencia, por qué la delincuencia se instala como el principal problema de Argentina. Según

Kessler (2009), el sentimiento de inseguridad se conforma por juicios morales, normas culturales y huellas de temores pasados (entre otras cuestiones), que hacen que algunos sucesos resulten más insoportables que otros y que contribuyen a que algunos problemas públicos cobren más notoriedad, mientras que otras cuestiones (quizá más perjudiciales) ni si quiera se planteen. A su vez, el mismo autor, siguiendo a Garland, afirma que existe una tendencia a identificarse profundamente con la víctima, lo que generaría una extensión del “sentimiento de victimización potencial al resto de la sociedad, lo que alimenta la preocupación por el tema” (Kessler, 2009: 26). Por más que Argentina tenga una menor tasa de delitos que otros países de la región, el sentimiento de inseguridad expresa un aumento respecto de su umbral de tolerancia histórico.⁵

Aquí no nos proponemos responder la pregunta antes planteada, que demandaría un estudio específico aparte, sino analizar una emoción que circunda las preguntas expresadas en las gráficas precedentes: el temor a ser víctima de un delito con violencia. Los datos estadísticos presentados intentan ser un mero disparador para analizar cómo opera la economía política de la moral en torno a un tema como la violencia y su vinculación con la juventud.⁶

Scribano sostiene que “el miedo opera como suplemento de la expropiación de la vitalidad a través del juego entre la intimidación e incertidumbre” (2007: 32). El miedo es la expresión de una emoción frente a algo que no puede ser controlado por el individuo y que se torna amenazante. El sujeto emocionado y el objeto emocionante se hallan unidos en una síntesis indisoluble (Sartre, 1939). La incertidumbre de no saber cuando uno puede ser víctima de delito intimida la acción del sujeto, lo paraliza.

⁵ Referimos a la problemática de la inseguridad como hasta aquí se ha hecho, no implica negar la existencia de actos de delincuencia y casos de violencia de distintos niveles de gravedad. Lo que pretendemos analizar es cómo opera su discurso en la sensibilidad social de los argentinos.

⁶ La disparidad en los periodos graficados o los años de los cuales se brinda información se corresponden con los datos en línea disponibles en el banco de datos de Latinobarómetro.

Sartre sostenía que “la emoción es una determinada manera de aprehender el mundo” (1939). El secuestro corporal que produce el miedo hace ver al mundo como intransformable desde la voluntad individual, licuando la acción de los sujetos y sometiéndolos al mundo del *no*. Ese estado de minusvalía frente a las condiciones materiales de existencia genera un sentimiento de impotencia respecto de lo que sucede a su alrededor (Scribano, 2007).

La circulación del fantasma del delito y la violencia desvalorizan la posibilidad de la contra-acción ante la pérdida (de algo material o simbólico) y el fracaso (de poder prevenir, predecir, prescribir), y hacen del sentimiento de inseguridad una fantasía incorporada que ocluye el conflicto.

De este modo, el discurso hegemónico de la inseguridad opera como un mecanismo ideológico dentro del cual se entrelazan y tensionan los *dispositivos de regulación de las sensaciones* y los *mecanismos de soportabilidad social*. En Latinoamérica, millones de personas están inseguros de poder comer, inseguros respecto de su futuro, inseguros de perder el trabajo; sin embargo, semánticamente el *sentimiento de inseguridad* no se refiere a ninguna de aquellas inseguridades. Ese sentimiento tiene un objeto preciso e identificable: el delito y la violencia.

Los mecanismos de soportabilidad social operan, en parte, para darle ese sentido al término “inseguridad”. Los umbrales de tolerancia respecto del delito disminuyeron en relación con otras cuestiones como la desocupación o la pobreza. Para estas dos últimas cuestiones se activan mecanismos de soportabilidad social como la *paciencia* para conseguir trabajo o la *espera(nza)* de que la distribución del ingreso mejore.

De esta forma, se configura una sensibilidad social particular sobre la inseguridad que aumenta la espiral de violencia. El fantasma de la inseguridad se nutre de un conjunto diverso y difuso de impresiones que

impactan en las formas de percibir de los agentes, promoviendo la fantasía de que le puede tocar a cualquiera: no importa la clase, el barrio, ni el trabajo.

“Las emociones se enraízan en los estados del sentir el mundo que permiten vehiculizar las percepciones asociadas a formas socialmente construidas de sensaciones. Los sentidos orgánicos y sociales permiten vehiculizar aquello que parece único e irreplicable como son las sensaciones individuales, y elaboran a la vez el “trabajo desapercibido” de la incorporación de lo social hecho emoción” (Scribano, 2007b: 5).

Frente a la disminución de los niveles de soportabilidad social respecto del delito y la violencia, entra en acción el tercer eje del capitalismo neocolonial: el aparato represivo. La criminalización de la pobreza y de la protesta social es una muestra de aquello. Esto implica el encarcelamiento de determinados cuerpos: para éstos el color negro de la oscuridad y la inanición del encierro. En este caso, la energía corporal ya no es apropiada “naturalmente” mediante la auto-coagulación de la acción, sino por la hetero-coagulación a base del grillete.

Bauman sostiene que la “vulnerabilidad e incertidumbre son las dos cualidades de la condición humana a partir de las cuales se moldea el ‘temor oficial’: miedo del poder *humano*, del poder creado y mantenido por la mano del hombre” (2008: 66). Los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones junto con el aparato represivo operan conjuntamente para hacer del miedo al delito un *temor oficial* que sea funcional a la reproducción de los sistemas de extracción de energía.

Según el autor, el temor oficial es la principal razón de ser de todo poder político. Hoy, el capitalismo neocolonial y sus Estados encuentran nuevas fuentes de vulnerabilidad e incertidumbre en la cuestión de la seguridad personal, es decir, amenazas y miedos a los cuerpos, posesiones y formas de vivir que surgen de actividades criminales y conductas denominadas antisociales o incíviles. Siguiendo el razonamiento de Bauman diríamos que a través de los mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de

las sensaciones de miedo, el Estado busca “inspirar un volumen de ‘temor oficial’ lo bastante grande como para eclipsar y relegar a una posición secundaria las preocupaciones relativas a la inseguridad generada por la economía, sobre la cual nada puede ni desea hacer la administración estatal” (Bauman, 2008: 72).

El miedo a los jóvenes

Como se dijo antes, la emoción se nutre de algo, de un objeto. Pero ese algo también puede ser alguien. Se trata de un cuerpo hecho objeto. Para ello se necesita configurar una sensibilidad que encuentre en un determinado tipo de rostro, la fuente del sentimiento de amenaza y desconfianza que despierte la emoción de miedo. Como Kaplan señala, en dicha emoción “se entremezcla la sensación de desprotección y peligro con cierta construcción de sujetos que se activan como agentes de dicha peligrosidad” (2011a: 47). Los jóvenes, en parte, portan los rostros que operan como “causa” y como “efecto” de la *incorporación* de esos sentimientos. Esto significa “una rostricidad de la negación y posibilidad de la identidad desde el par exclusión-inclusión” (Scribano, 2007b: 10).

A lo largo del siglo XX, y más específicamente luego de la segunda guerra mundial, los jóvenes han sido un actor privilegiado de la economía política de la moral del capitalismo. Si bien no existe un tipo universal de “joven” o existen diversas formas de vivir/atravesar la juventud, ellos son interpelados desde dos discursos hegemónicos que se entrecruzan: como “problema social” o como “futuro de la sociedad”. Mientras las conductas, manifestaciones y expresiones de los jóvenes se ajusten al orden establecido y al modelo de juventud que el capitalismo en su versión latinoamericana les tiene preparado, ellos representan “el futuro” de una sociedad que está por venir. Siempre y cuando los jóvenes quepan en ese molde, su acción estará licuada y la reproducción de los sistemas de extracción de energía juvenil garantizados. En cambio, si sus conductas entran en conflicto con ese orden social y modelo de juventud, ya no representan el futuro sino un problema presente.

Los jóvenes han sido uno de los grupos más perjudicados por el debilitamiento de los mecanismos formales e informales de protección social, quedando expuestos a situaciones de violencias múltiples. Esto no sólo hace referencia a la violencia “material”, sino también a la violencia “simbólica” que se expresa a través de diversas formas de discriminación hacia los jóvenes y de estigmatización del “ser joven”.

Reguillo Cruz (2000) sostiene que en Latinoamérica, durante la puesta en marcha de las reformas neoliberales en el transcurso de las últimas dos décadas del siglo XX, los jóvenes empezaron a ser pensados como los “responsables” de la violencia en sus ciudades. Se trató de una operación semántica a partir de la cual se extendió la imagen de los jóvenes como “delincuentes” y “violentos”. Justamente, el miedo a los jóvenes expresa uno de los efectos simbólicos prácticos de esta adjetivación como sujetos peligrosos (Kaplan, 2011b). Esto hace de la imagen juvenil una marca negativa en sus cuerpos.

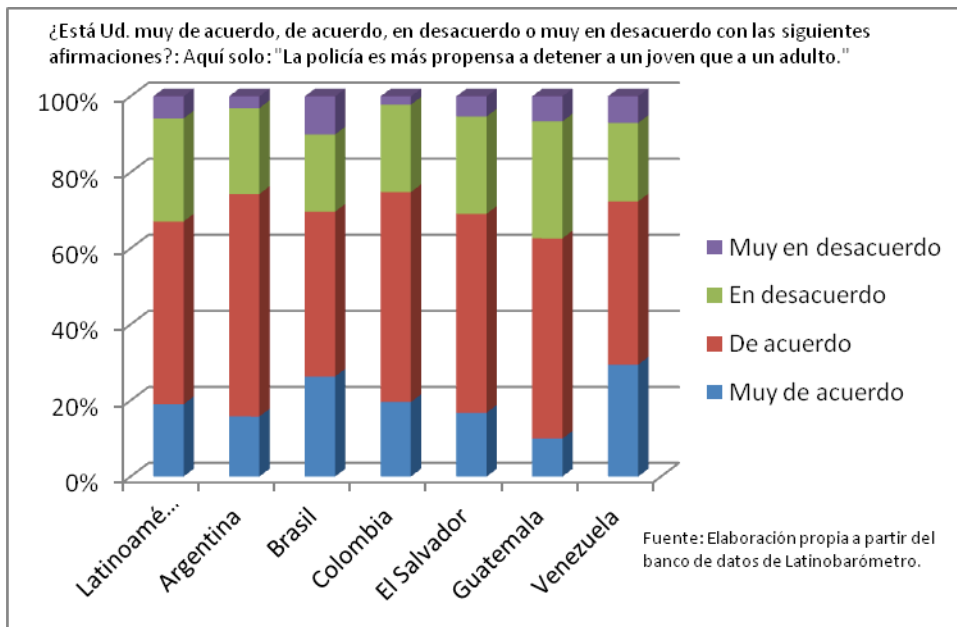
Como se afirma en el informe de la CEPAL “Juventud y cohesión social en Iberoamérica”, si bien “es cierto que la violencia va en ascenso y en muchos países de América Latina los índices de criminalidad sobrepasan con creces los promedios globales [...], esto no significa que la percepción de la ciudadanía en todas las naciones de la región coincida con la realidad” (CEPAL, 2008: 87).

La violencia de los jóvenes debe entenderse en un contexto de desigualdad y fragmentación social que generan tensiones y contradicciones que la juventud ha de enfrentar. Ésta es víctima y victimaria de una violencia que expresa la falta de cohesión social. De hecho, como se muestra en la gráfica 1, mientras la preocupación por la delincuencia y la seguridad pública va en aumento, la falta de oportunidades de los jóvenes no representa un problema para los encuestados argentinos.

La vigencia de la caracterización de los jóvenes como “delincuentes” y “violentos” la observamos en otras dos preguntas realizadas por Latinobarómetro. En Latinoamérica, el 67 por ciento de los

encuestados expresó estar de acuerdo o muy de acuerdo en que la policía es más propensa a detener a un joven que a un adulto (gráfica 4). Esta cifra refleja el nivel de desconfianza y temor que las fuerzas de seguridad (y en parte la sociedad como mandato de la primera) tienen hacia los jóvenes. Ellos son los sospechados de ser partícipes o culpables de los disturbios, actividades ilegales o hechos de violencia que perturban el orden social.

Gráfica 4. Grado de acuerdo/desacuerdo sobre la afirmación de que la policía es más propensa a detener a un joven que a un adulto según país (2008)⁷

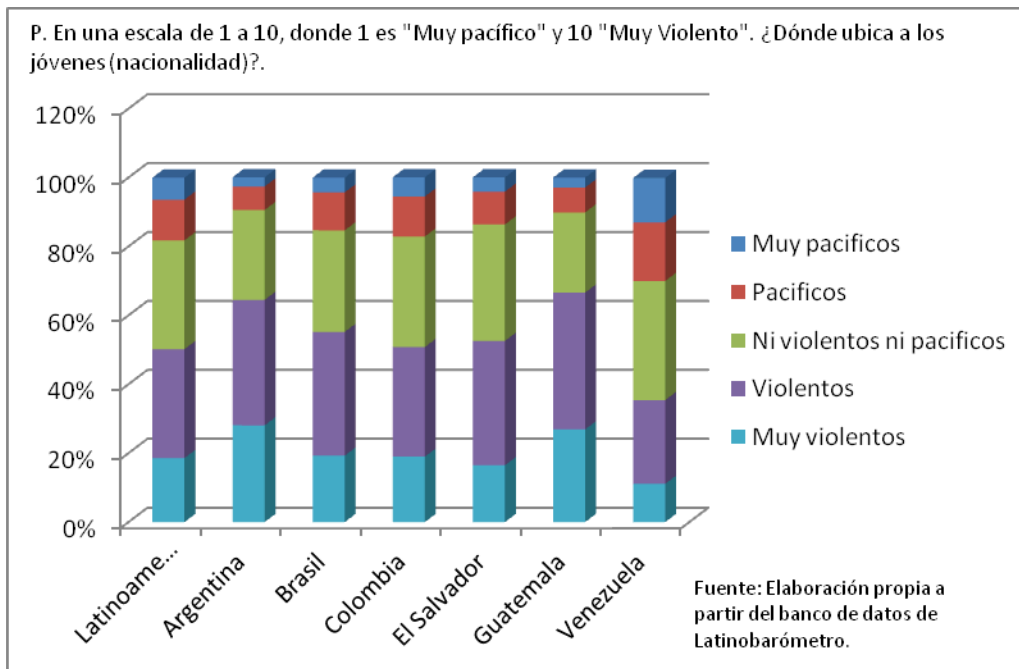


Por otro lado, el 50 por ciento de los encuestados latinoamericanos consideran a los jóvenes como violentos o muy violentos, mientras que sólo el 18.2 por ciento los consideran como pacíficos o muy

⁷ En las gráficas 4 y 5 se comparan los datos de Argentina con los países que mayores índices de violencia juvenil registran, según el informe del Mapa de la violencia (Waiselfisz, 2008).

pacíficos (gráfica 5). Siguiendo a Kaplan, sostenemos que “La atribución y autoatribución de ‘violento’ fabrica un *muro social*, en tanto que límite simbólico producto del proceso de estigmatización de los jóvenes, que opera como mecanismo regulador del umbral de la tolerancia tácitamente admitida por y para el orden social” (Kaplan, 2011: 47-48).

Gráfica 5. Evaluación de los jóvenes como pacíficos o violentos según país (2008)⁸



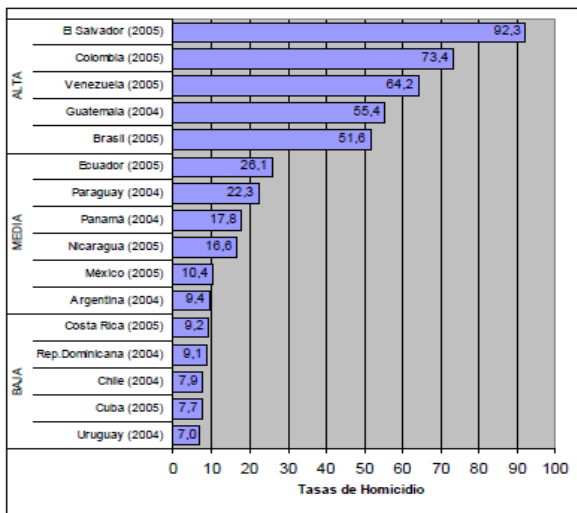
Nuevamente, resulta interesante resaltar el caso argentino, donde la opinión negativa respecto de los jóvenes en ambas preguntas supera el promedio latinoamericano. El 74.3 por ciento de los encuestados

⁸ Como se señala en esta gráfica, la pregunta original se basó en una escala valorativa sumatoria. Hemos reagrupado las respuestas en una escala tipo Likert, donde 1 y 2 son “muy pacíficos”, 3 y 4 son “pacíficos”, 5 y 6 son “ni violentos ni pacíficos”, 7 y 8 son “violentos” y 9 y 10 son “muy violentos”.

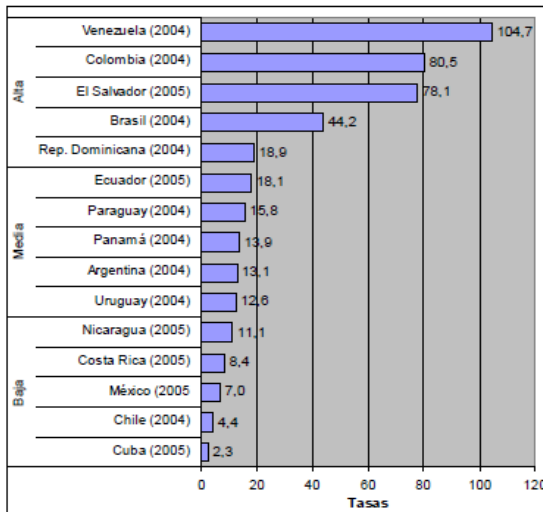
dijeron estar de acuerdo o muy de acuerdo en que la policía era más propensa a detener a personas jóvenes que a adultos. Asimismo, el 64.5 por ciento de los encuestados calificaron a los jóvenes argentinos como violentos o muy violentos.

En función de esos datos, los jóvenes argentinos parecerían ser más sospechados y violentos, en comparación con sus pares de otros países. Sin embargo, si observamos dos indicadores estructurales para medir la violencia, como los homicidios y las muertes por armas de fuego de personas de entre 15 a 24 años, podemos evidenciar que Argentina se encuentra lejos de países como Brasil, Colombia, El Salvador, Guatemala y Venezuela, que presentan las tasas más elevadas de muerte de población joven (Waiselfisz, 2008). A pesar de ello, Argentina muestra indicadores de opinión negativa sobre los jóvenes similares o superiores a estos países.

Gráfica 6. Orden de los países de América Latina según las tasas de homicidio en la población joven, último año disponible



Gráfica 7. Orden de los países de la América Latina según las tasas de mortalidad por armas de fuego en la población joven, último año disponible



FUENTE: (Waiselfisz, 2008).

Lo más llamativo gira en torno a la adjetivación “violentos”. Argentina figura como segunda, apenas luego de Guatemala, respecto de considerar a sus jóvenes como violentos, superando al resto de los países mencionados en más de un 10 por ciento (gráfica 5). Esto mostraría cómo en nuestro país el umbral de tolerancia sobre los comportamientos de los jóvenes es menor que en los países que están más expuestos a hechos de muerte violenta.

En Argentina, esta imagen estigmatizante hacia los jóvenes se condensa en la figura estética de los “pibes chorros”, asociando semánticamente pobreza, delito y violencia (Míguez, 2004; Tonkonoff, 2007; Kessler, 2009; Kaplan, 2011a). Este vínculo forma parte de una mirada social de desconfianza hacia los jóvenes que los vuelve de antemano amenazantes y peligrosos (ya no, por ejemplo, por sus acciones de “subversión” del orden social como podrían haber sido catalogados en décadas anteriores). Sin embargo, como adelantamos antes, este etiquetamiento no se asigna por igual a todos los jóvenes, sino fundamentalmente a quienes forman parte de los sectores subalternos cuyas conductas y expresiones entran en conflicto con el orden establecido, desbordando los modelos de juventud legitimados por éste.

Se trata de “un mecanismo de dominación que establece una doxa penalizante que [...] que tiene una de sus expresiones más brutales en el par taxonómico violento-pobre” (Kaplan, 2011b: 97).

La diferenciación cromática que se realiza entre los jóvenes expresa la desigual distribución de las luminancias corporales. El par taxonómico violento-pobre del que habla Kaplan se traduciría en la figura del “negro de mierda” que mencionan Scribano y Espoz (2011). El joven adjetivado como violento es pintado de negro. Ese color expresa la negación e invisibilización de la subjetividad que la sociedad le da a esos cuerpos. Y cuando son visualizados son identificados como amenaza, como foco de peligro. Se desearía no verlos, pero están ahí. Por eso hay que oscurecer su presencia a través de la descalificación.

A partir de la figura del *joven violento* se condensan los atributos de lo peligroso, patológico, anormal y perverso, licuándose en sus cuerpos la conflictividad social. De esta forma, “las adjetivaciones no son más que las operaciones ideológicas por medio de las cuales se congela al sujeto a portar ese signo como síntoma de su existencia” (Scribano y Espoz, 2011: 106).

Esta mirada es retroalimentada por los medios de comunicación que operan como portavoces a través de la espectacularización mediática de episodios de alto impacto emotivo. Programas televisivos de Argentina como *Policías en acción* o *Calles salvajes*, dedican emisiones enteras o espacios significativos en éstas para mostrar imágenes de jóvenes agredidos físicamente a la salida de los boliches. A su vez, también es habitual ver en los noticieros de televisión o en los diarios relatos de hechos de violencia acontecidos en la escuela.

Locales de baile y escuelas, dos instituciones asociadas con prácticas juveniles, son visibilizados como espacios inseguros y peligrosos. En este caso, se trata de situaciones de violencia que no están directamente (o solo) vinculados a hechos de delincuencia, pero que ensanchan los espectros de “peligrosidad” calando más hondo la sensación de desprotección. El discurso mediático tiene una matriz

sociopolítica y sociocultural punitiva y judicializante a través de la cual se busca asociar mecánicamente violencia y delito a toda práctica que se opone a las reglas de juego (Kaplan, 2011a).

Cerrar para continuar

El vínculo entre juventud, delito y violencia que se construye simbólicamente en toda América Latina, y específicamente en la opinión pública argentina, expresa una determinada sensibilidad social que se refuerza en los discursos hegemónicos. Existe una preocupación y temor por la inseguridad asociándola con los jóvenes pero no se demuestra un interés por la falta de oportunidad para dichos individuos. De esta forma, aparece un problema sobre el cual emerge un temor pero, no se actúa sobre las condiciones estructurales que lo generan. Aquí radica el éxito de los dispositivos de regulación de las sensaciones como licuadores de la acción. Los discursos hegemónicos no plantean eliminar las causas que movilizan la emoción de miedo, sino reproducir ese “temor oficial” para que todo siga igual.

Esta imagen sobre los jóvenes no sólo despierta sensaciones y emociones en quienes interactúan con ellos, sino que también tiene un impacto en la subjetividad de sus propios cuerpos. Como sostiene de Gaulejac:

Las emociones son los relojes de la subjetividad. Brindan indicaciones de un valor inestimable sobre la manera en que los fenómenos sociales son vivenciados, sentidos, experimentados. Son una dimensión esencial de las relaciones sociales y ocupan el centro mismo tanto del ser del hombre, como del ser de la sociedad (2008: 16-17).

La imagen de “joven violento” opera a través de los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones como una figura que coagula la acción de sí. Ellos sienten la impotencia de no poder transformar ese estereotipo mentiroso que pesa sobre sus cuerpos. Ellos deben tener paciencia y esperar a crecer, a dejar de ser jóvenes. Como dice Scribano (2009d), esa paciencia busca construir la sensación de conformidad con lo que se tiene logrando establecer límites imaginables

de las acciones performables. Se trata de elaborar la aceptación del desplazamiento en el tiempo de lo que ellos pretenden lograr imponiendo una restricción monocromática de la vida. Su propia condición de jóvenes los pone socialmente “entre paréntesis”. No son niños que deben estar bajo la tutela de los adultos, ni son adultos. Están esperando ser.

Cabe destacar que la violencia ejercida sobre los jóvenes no sólo es negadora de subjetividad, sino que también puede ser constructora de subjetividad, promoviendo a través de ella prácticas intersticiales.

La violencia opera en dos niveles de un doble vínculo. La violencia como atributo y como acto, es decir, la violencia como adjetivo y como verbo. Las formas de nominar despectivamente al otro constituyen actos que violentan la subjetividad de sus destinatarios. El adjetivo deviene en verbo. Al tipificar a los jóvenes como “violentos” se ejerce sobre ellos una violencia simbólica a través de la cual se los estigmatiza. La violencia se convierte en cualidad y en acción negadora de la subjetividad de sus cuerpos. Sin embargo, a partir de esa negación es posible que ciertos grupos de jóvenes adopten expresiones de violencia que sean resignificadas, otorgándole un nuevo sentido a sus vidas.

La impaciencia, la inconformidad y la desobediencia tal vez pueden generar prácticas tipificadas como violentas a partir de las cuales los jóvenes consigan construir grupos de pares en los que surjan prácticas sociales de reciprocidad y confianza entre sí.

Fuentes

Bauman, Z., 2005, *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, Buenos Aires, Paidós.

- Bericat Alastuey, E., 2000, “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, *Papers*, núm. 62:145-176, en <<http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25603/25437>>, consultada el 4 de abril de 2010.
- CEPAL, 2008, “Juventud y cohesión social en Iberoamérica. Un modelo para armar”, Santiago de Chile, CEPAL, en <<http://www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/2/34372/P34372.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/dds/tpl/top-bottom.xsl>>, consultada el 22 de junio de 2012.
- Gaulejac, V. de, 2008, *Las fuentes de la vergüenza*, Buenos Aires, Mármol/Izquierdo.
- Hernández, T., 2001, “Des-cubriendo la violencia”, en L.R. Briceño, comp., *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- Kaplan, C.V., 2011a, “La sensibilidad por la violencia como experiencia cultural y educativa en sociedades de desigualdad. El caso de los jóvenes”, *Caderno de Estudos Sociais*, vol. 25, núm. 1: 45-52.
- Kaplan, C.V., 2011b, “Jóvenes en turbulencia. Miradas críticas contra la criminalización de los estudiantes”, *Propuesta Educativa*, núm. 35: 95-103.
- Kessler, G., 2009, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Latinobarómetro, Opinión Pública Latinoamericana, 2011, *Informe 2011*, Santiago de Chile, Latinobarómetro, 28 de octubre, en <<http://www.latinobarometro.org/latino/LATContenidos.jsp>>, consultada el 22 de marzo de 2013.
- Le Breton, D., 2013, “Por una antropología de las emociones”, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, núm. 10: 67-76, en <<http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/issue/view/10/showToc>>, consultada el 4 de marzo de 2013.
- Leavitt, J., 1996, “Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions”, *American Ethnologist*, vol. 23, núm. 3.

- Luna Zamora, R., 2010, “La sociología de las emociones como campo disciplinario. Interacciones y estructuras sociales”, en A. Scribano y P. Lisdero, comps., *Sensibilidades en juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*, Córdoba, CEA/Conicet.
- Míguez, D., 2004, *Los pibes chorros. Estigma y marginación*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Reguillo Cruz, R., 2000. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*, Barcelona, Grupo Editorial Norma.
- Sartre, Jean-Paul, 1939, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, en PsiKolibro, <<http://psikolibro.blogspot.com.ar/2007/10/jean-paul-sartre-bosquejo-de-una-teoria.html>>, consultada el 11 de octubre de 2011.
- Scribano, A. y M.B. Espoz, 2011, “Negro de mierda, geometrías corporales y situación colonial”, en A. Scribano y J. Ferreira, comps., *Cuerpos en concierto: diferencias, desigualdades y disconformidades*, Recife, Editorial Universitária da UFPE.
- Scribano, A., 2009a, “Capitalismo, cuerpo, sensaciones y conocimiento: desafíos de una Latinoamérica interrogada”, en J. Mejía Navarrete, ed., *Sociedad, cultura y cambio en América Latina*, Lima, Universidad “Ricardo Palma”.
- Scribano, A., 2009b, “Las prácticas del querer: el amor como plataforma de la esperanza colectiva”, en M. Camarena Luhrs *et al.*, coords., *Amor y poder. replanteamientos esenciales de la época actual*, Chiapas, Universidad Intercultural de Chiapas.
- Scribano, A., 2009c, “Sociología de la felicidad: el gasto festivo como práctica intersticial”, *Yuyaykusun*, núm. 2: 173-189.
- Scribano, A., 2009d, “Primero hay que saber sufrir!!! Hacia una sociología de la ‘espera’ como mecanismo de soportabilidad social”, en R. Luna y A. Scribano, comps., *Estudio del cuerpo y las emociones en y desde Latinoamérica*, Guadalajara, CUSH, Universidad de Guadalajara/CEA, Universidad Nacional de Córdoba.
- Scribano, A., 2007a, “¡Vete tristeza... Viene con pereza y no me deja pensar!... Hacia una sociología del sentimiento de impotencia”, en R. Luna y A. Scribano, comps., *Contigo aprendí... Estudios*

sociales de las emociones, Guadalajara, CUSH, Universidad de Guadalajara/CEA, Universidad Nacional de Córdoba.

Scribano, A., 2007b, “La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones”, en A. Scribano, comp., *Mapeando interiores: cuerpo, conflicto y sensaciones*, Córdoba, CEA, Universidad Nacional de Córdoba.

Tonkonoff, S., 2007, “Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas”, en VV.AA, *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Waiselfisz, J.J., 2008, “Mapa de la violencia: los jóvenes en América Latina”, Red de Información Tecnológica Latinoamericana/Instituto Sangari/Ministerio de Educación de Brasil, en <http://centroamericajoven.org/sites/default/files/MAPA_DE_LA_VIOLENCIA_2008.pdf>, consultada el 29 de marzo de 2013.